

Imprimir

La organización laboral no puede tener éxito a gran escala sin un entorno legal y político de apoyo, creado por coaliciones mayoritarias que puedan lograr reformas, enfrentar el poder corporativo y demostrar a los trabajadores escépticos que la gobernanza progresista da resultados.

¿Cuál es la mejor manera de fortalecer el poder de la clase trabajadora cuando la influencia de los trabajadores sobre el capital está cerca de un mínimo histórico? Con una densidad sindical en el sector privado de tan solo el 5,9 %, la debilidad estructural del movimiento obrero impone graves limitaciones a las posibilidades políticas progresistas a medio plazo. Reconstruir el movimiento obrero debe ser una prioridad central de cualquier estrategia a largo plazo. Pero ni siquiera los esfuerzos de organización más innovadores, junto con tácticas prometedoras como las iniciativas electorales o las cooperativas de trabajadores, pueden, por sí solos, lograr un cambio significativo en el poder de clase.

Un avance de este tipo requiere condiciones políticas favorables y una amplia base obrera que reconozca el valor tanto de los sindicatos como de los sólidos programas gubernamentales para ampliar la seguridad económica. En otras palabras, la organización laboral no puede tener éxito a gran escala sin un entorno legal y político favorable, creado por coaliciones mayoritarias capaces de implementar reformas, enfrentarse al poder corporativo y demostrar a una clase trabajadora escéptica que la gobernanza progresista funciona. Ese tipo de transformación llevará años, incluso décadas. Pero a corto plazo, es esencial fortalecer el poder político de la clase trabajadora, especialmente en los estados republicanos y republicanos.

Para que esto sea posible, los progresistas deben priorizar un enfoque económico populista, liderado por candidatos creíbles (idealmente de clase trabajadora) y basado en una infraestructura local duradera, particularmente en las regiones donde más han tenido dificultades.

Por qué los progresistas deben recuperar el apoyo de la clase trabajadora

Los progresistas no pueden permitirse ignorar las consecuencias políticas del desajuste de la clase trabajadora con respecto al Partido Demócrata. Si bien la magnitud de este cambio varía según cómo se defina a la clase trabajadora, la trayectoria subyacente es consistente y alarmante. El desajuste de clase es real y cada vez más multirracial, especialmente desde las elecciones de 2024, cuando los hombres no blancos se inclinaron decisivamente hacia el Partido Republicano.

El desalineamiento de la clase trabajadora es importante por varias razones. En primer lugar, dificulta considerablemente que los progresistas ganen las elecciones nacionales. La estructura del sistema político estadounidense —en particular, el Colegio Electoral y el Senado— otorga un poder desproporcionado a los estados con un amplio electorado obrero. Sin recuperar un número significativo de estos votantes, es improbable que los progresistas consigan mayorías duraderas en el gobierno. En 2020, los votantes obreros (definidos como aquellos sin un título universitario de cuatro años) constituyeron la mayoría del electorado en los cinco estados claves, y los blancos obreros por sí solos constituyeron mayorías absolutas en Michigan, Pensilvania y Wisconsin. Según mi análisis de los datos del Estudio Cooperativo de Elecciones, las ganancias de Joe Biden entre los votantes obreros de Arizona y Georgia entre 2016 y 2020 fueron 2,3 y 8,5 veces mayores, respectivamente, que su margen de victoria general en esos estados. De manera similar, los datos del Estudio Nacional de Elecciones de Estados Unidos (ANES) muestran que el 72 % de los votantes de estados en disputa que cambiaron de partido entre 2016 y 2020 no tenían título universitario. Sin mantener ni ampliar su cuota actual de voto de la clase trabajadora, las probabilidades de que los demócratas obtengan mayorías nacionales siguen siendo escasas.

Pero lo que está en juego va más allá de las matemáticas electorales. Como ha argumentado el comentarista político Andrew Levison, ceder la clase trabajadora tradicional a los republicanos profundiza el control de la extrema derecha sobre comunidades donde las voces progresistas ya han escaseado. En los distritos republicanos de clase trabajadora, la ausencia de alternativas progresistas creíbles facilita la propagación de narrativas de extrema derecha, no solo en las urnas, sino también a través de iglesias, escuelas, redes sociales y conversaciones cotidianas. Una vez que las ideas progresistas desaparecen de la

cultura política local, se vuelve mucho más difícil restablecerlas. El resultado es un ciclo de alienación y extremismo que se retroalimenta, amenaza el tejido social y aumenta el costo político de la inacción.

En los distritos rojos de clase trabajadora, la ausencia de alternativas progresistas creíbles permite la propagación de narrativas de extrema derecha, no sólo en las urnas, sino a través de las iglesias, las escuelas, las redes sociales y las conversaciones cotidianas.

El desalineamiento también tiene consecuencias políticas. Como ha demostrado el politólogo Sam Zacher, es probable que una coalición demócrata cada vez más adinerada apoye menos las políticas económicas redistributivas. Si bien los votantes demócratas más adinerados pueden expresar su apoyo a la seguridad social en términos abstractos, su compromiso se debilita cuando las políticas les exigen pagar impuestos más altos. En cambio, los votantes de clase trabajadora demuestran sistemáticamente un apoyo más fuerte e intenso al populismo económico, especialmente cuando las políticas implican intereses redistributivos reales. Desplazar la base demócrata hacia la clase profesional-gerencial corre el riesgo de socavar la misma agenda que los progresistas buscan promover.

### Lecciones para una estrategia electoral progresista eficaz

Si construir mayorías electorales progresistas en la clase trabajadora es una necesidad, la siguiente pregunta es cómo hacerlo de la manera más eficaz. En las siguientes partes del artículo, propongo cuatro elementos clave de una estrategia electoral progresista para captar el voto de la clase trabajadora, basándome en una amplia investigación que mis colegas y yo hemos realizado en el Centro para la Política de la Clase Trabajadora, así como en una variedad de otras perspectivas académicas.

### Dirigir populistas económicos

Si los progresistas esperan revertir la erosión del apoyo de la clase trabajadora que los demócratas han sufrido durante décadas, necesitan algo más que vagos llamados a las “familias trabajadoras” o promesas tecnocráticas de reformas graduales. Necesitan presentar

candidatos que abracen sin complejos el populismo económico: candidatos que se centren en las luchas de la clase trabajadora y que denuncien y confronten el poder corporativo, de forma cruda, sin filtros y sin complejos. Un creciente conjunto de evidencia empírica —desde experimentos con encuestas hasta resultados electorales reales— muestra que los candidatos populistas económicos superan sistemáticamente a los demócratas más centristas o afines al establishment, especialmente en los distritos obreros donde el partido tiene más dificultades.

El ejemplo más claro de populismo económico en la última década es Bernie Sanders, cuyas candidaturas presidenciales combinaron ataques implacables al poder corporativo con una defensa franca de los trabajadores.

El mensaje populista económico se distingue por dos características fundamentales: (1) celebrar las contribuciones y la dignidad de los trabajadores y (2) desafiar enérgicamente el poder de las élites económicas —multimillonarios, monopolios corporativos e intereses de Wall Street— que han manipulado el sistema para su propio beneficio. Este mensaje funciona no solo porque apela a la frustración generalizada, sino también porque ofrece una clara moraleja del conflicto: la gente común contra las fuerzas que la explotan. Proporciona claridad y capacidad de acción, a diferencia de los llamamientos abstractos a la unidad o la democracia que suelen definir las campañas moderadas.

El ejemplo más claro de populismo económico de la última década es el senador Bernie Sanders, cuyas candidaturas presidenciales de 2016 y 2020 combinaron ataques implacables al poder corporativo con una defensa franca de los trabajadores. En una de las innumerables versiones de esta fórmula, Sanders exhortó en un mitin de 2023 de los trabajadores automotrices en huelga a que

La lucha que libran aquí no se trata solo de salarios, prestaciones y condiciones laborales decentes en la industria automotriz. No. La lucha que libran es contra el escandaloso nivel de avaricia y arrogancia corporativa que vemos por parte de directores ejecutivos que creen tener derecho a tenerlo todo y les importan un bledo las necesidades de sus trabajadores.

Pero Sanders está lejos de ser el único populista económico progresista en la política estadounidense actual. El congresista demócrata Chris Deluzio, de Pensilvania, por ejemplo, ejemplificó el enfoque populista económico en su exitosa campaña de 2022 en el oeste de Pensilvania. Veterano de la Marina y organizador sindical, Deluzio conservó un escaño clave muy disputado con un mensaje que señalaba explícitamente el poder corporativo como una amenaza para la democracia y la prosperidad de la clase trabajadora. En sus propias palabras:

Creo en luchar por el bien común, por nuestra prosperidad compartida, por un gobierno que nos sirva a todos, no solo a las corporaciones más grandes y poderosas. Deberíamos estar creando cosas en este país, aquí mismo, en el oeste de Pensilvania, con nuestros compañeros y compañeras sindicalistas trabajando.

Las investigaciones del Centro para la Política de la Clase Trabajadora han demostrado sistemáticamente que los mensajes populistas económicos son más eficaces para llegar a los votantes de clase trabajadora que los enfoques alternativos. Por ejemplo, nuestra prueba experimental de miles de perfiles de candidatos hipotéticos en 2023 reveló que los votantes de clase trabajadora preferían a candidatos que “enfrentaban a los ‘estadounidenses que trabajan para ganarse la vida’ con los ‘millonarios corruptos’ y las ‘élites superricas’”, mientras que otros grupos ocupacionales no mostraban una aversión perceptible hacia ellos”. De igual manera, una encuesta realizada a finales de 2024 entre votantes de Pensilvania, que probó una gama de mensajes reales y potenciales de Harris, reveló que los mensajes populistas económicos contundentes —con una retórica audaz y anticorporativa, y una política económica ambiciosa— eran el marco de comunicación más eficaz probado entre todos los votantes, incluso en comparación con los mensajes económicos reales de Harris. Y, lo que es más importante, no encontramos evidencia de que el mensaje populista económico contundente desalentara a otros electorados demócratas importantes, como los votantes de altos ingresos, con alto nivel educativo o de clase profesional.

Además de nuestra encuesta, nuestro análisis de los mensajes de campaña de todos los candidatos demócratas en 2022 reveló que los votantes de clase trabajadora responden más

favorablemente a los candidatos populistas económicos que a otros candidatos. En promedio, los populistas económicos que se postularon en 2022 superaron a sus contrapartes no populistas en 12,3 puntos porcentuales en distritos predominantemente blancos sin acceso a la universidad, 6,4 puntos porcentuales en distritos con alta concentración de ocupaciones de clase trabajadora y 4,7 puntos porcentuales en zonas rurales y de pueblos pequeños.

Estos resultados están respaldados por nuestro análisis inicial de los candidatos demócratas al Congreso de 2024 en distritos clave, que muestra que los demócratas que emplearon una retórica anti-élite económica en las competitivas carreras para la Cámara de Representantes superaron las expectativas de base en casi tres puntos porcentuales más que los candidatos que evitaron los ataques populistas a las élites económicas.

A pesar de esta evidencia, muchos líderes demócratas siguen resistiéndose al populismo económico. Por ejemplo, Kamala Harris, quien ocasionalmente invocó la especulación de precios corporativa y apoyó una serie de políticas económicas sólidamente progresistas que habrían ayudado a la clase trabajadora, no logró transmitir un mensaje populista económico contundente que los votantes de la clase trabajadora pudieran encontrar creíble. Por el contrario, a medida que avanzaba la campaña de 2024, Harris se alejó cada vez más del populismo económico y se centró en Trump como una amenaza para la democracia, lo cual, si bien es cierto, no indicó a los votantes de la clase trabajadora que Harris estuviera enfocada en los problemas económicos básicos que los votantes de la clase trabajadora priorizan constantemente como sus principales preocupaciones. El resultado es un vacío de mensaje que ha permitido a la derecha dominar el terreno populista, incluso cuando los demócratas tienen las mejores soluciones políticas.

## Presentar candidatos de la clase trabajadora

A pesar de constituir la mayoría de la población estadounidense, la clase trabajadora estadounidense sigue estando marcadamente subrepresentada en los cargos electos. El politólogo Nicholas Carnes estima que solo el 2 % de los miembros del Congreso y el 3 % de los legisladores estatales provienen de entornos laborales de clase trabajadora, y mi análisis

de una base de datos del Centro para la Política de la Clase Trabajadora (CWCP) sobre todos los candidatos al Congreso entre 2010 y 2022 muestra que menos del 6 % de los candidatos a las elecciones generales ocuparon puestos de clase trabajadora durante al menos la mitad de sus carreras prepolíticas. Esta discrepancia entre el perfil socioeconómico de los funcionarios electos y las personas a las que representan tiene amplias implicaciones para las elecciones y más allá.

Investigaciones recientes subrayan el valor electoral de elegir candidatos de la clase trabajadora. En nuestro análisis de una encuesta experimental a gran escala de 2023, Fred DeVeaux, investigador asociado de CWCP, y yo descubrimos que, en igualdad de condiciones, los votantes de clase trabajadora son significativamente más propensos a apoyar a candidatos demócratas con trayectorias profesionales de clase trabajadora. Los encuestados de clase trabajadora preferían a estos candidatos en un 6,4% sobre aquellos con trayectorias profesionales de élite, y descubrimos que la principal causa de este efecto era que los encuestados de clase trabajadora eran más propensos a afirmar que estos candidatos representan mejor a “personas como yo”.

La brecha de clase en la representación es importante no solo por razones electorales a corto plazo, sino también porque los candidatos de la clase trabajadora suelen ser defensores más firmes de los problemas de la clase trabajadora. En un nuevo documento de trabajo, DeVeaux y Abbott analizaron a todos los candidatos a las elecciones generales y primarias para el Congreso entre 2010 y 2022 y descubrieron que quienes provenían de la clase trabajadora utilizaban sistemáticamente una retórica más pro-trabajadores que otros candidatos. Estos hallazgos se suman a una investigación más amplia que muestra que los políticos de la clase trabajadora tienden a apoyar políticas económicas más izquierdistas que sus homólogos de la élite y que los ejecutivos con antecedentes de élite son más propensos a promover agendas fiscalmente conservadoras y limitar el gasto redistributivo.

Presentar una plataforma económica audaz y progresista

Cada vez hay más pruebas que confirman que los votantes de la clase trabajadora apoyan

una amplia gama de políticas económicas progresistas, desde el aumento del salario mínimo hasta la imposición de impuestos a los ricos, pasando por la expansión de la inversión pública y el fortalecimiento de los sindicatos. Contrariamente al estereotipo de la clase trabajadora como conservadora en materia económica, la gran mayoría de los estadounidenses de clase trabajadora apoyan diversas políticas económicas progresistas. Los datos analizados por el CWCP en la Encuesta Social General, la ANES y el Estudio Electoral Cooperativo de 2021 y 2022 muestran que el 87,9 % de los encuestados de clase trabajadora estaba a favor de reducir los precios de los medicamentos recetados, el 67,9 % apoyaba el aumento de los impuestos a los ricos y el 69,1 % respaldaba los límites a las importaciones para proteger el empleo estadounidense. El apoyo a la inversión pública fue igualmente sólido: el 64,8 % de los encuestados de clase trabajadora apoyaba un aumento del gasto estatal en educación y el 54,8 % favorecía una garantía federal de empleo. El apoyo al fortalecimiento del poder de los trabajadores también fue sólido: el 70,5 por ciento estaba a favor de aumentar el salario mínimo, el 68,8 por ciento a favor de colocar a los trabajadores en los directorios corporativos y más de la mitad expresó opiniones favorables hacia los sindicatos.

Pero el apoyo a estas políticas no se traduce automáticamente en votos para los demócratas. Para que estas preferencias tengan relevancia política, los candidatos deben priorizar los temas económicos y presentarlos de forma que trasciendan el ruido del discurso de la guerra cultural. Una investigación experimental realizada por el CWCP muestra que cuando los candidatos priorizan las preocupaciones básicas —empleos, salarios, atención médica y costo de vida— y las abordan en términos sencillos y universales, obtienen un rendimiento significativamente mejor entre los votantes de clase trabajadora que cuando priorizan otros temas. De igual manera, un informe del CWCP de 2023 reveló que los candidatos que hicieron campaña con la garantía federal de empleo fueron vistos favorablemente por casi todos los grupos de votantes, no solo por los demócratas, sino también por los independientes, republicanos, votantes negros, votantes indecisos, votantes de baja propensión, votantes sin estudios universitarios y residentes rurales. Entre las treinta y seis combinaciones de mensajes y políticas analizadas, el perfil de candidato más popular presentó una fuerte retórica populista económica, acompañada de una garantía federal de empleo, lo que pone de relieve el amplio atractivo multipartidista de las ambiciosas

plataformas centradas en el empleo. Este hallazgo subraya el potencial de combinar políticas económicas progresistas audaces con mensajes populistas que identifican claramente a la élite económica como la fuente del sufrimiento de la clase trabajadora.

Cuando los votantes de la clase trabajadora creen que las cuestiones económicas no son una prioridad para los partidos de izquierda, esos partidos pierden apoyo político.

A pesar de la popularidad de muchas políticas económicas progresistas, a menudo no son lo suficientemente relevantes como para llegar a los votantes de clase trabajadora, en parte porque la mayoría de los demócratas no enfatizan estos temas con fuerza durante la campaña electoral. Esto permite a los conservadores llenar el vacío con cuestiones culturales divisivas. Como demuestra una investigación reciente del politólogo Jonne Kamphorst, cuando los votantes de clase trabajadora creen que los temas económicos no son una prioridad para los partidos de izquierda, estos pierden apoyo político. Pero cuando se les presenta a los votantes información clara sobre las prioridades económicas de los partidos progresistas, su apoyo a estos aumenta. La implicación es clara: el populismo económico funciona, pero solo si los votantes saben que un candidato se basa en él y si las campañas hacen visibles las prioridades económicas y las centran en su mensaje. Sin embargo, muy pocos candidatos lo están haciendo. El análisis de CWCP de las campañas demócratas al Congreso de 2022 reveló que solo alrededor del 25 % de los candidatos mencionaron empleos buenos, bien remunerados, con salario digno o sindicalizados en sus mensajes; alrededor del 5 % mencionó un salario mínimo de 15 dólares y solo el 3 % mencionó una garantía de empleo.

Dicho esto, los progresistas se enfrentan a una dura verdad estratégica: las políticas esenciales para abordar el desalineamiento de la clase trabajadora a largo plazo, generando avances materiales a gran escala que reviertan décadas de austeridad neoliberal (política industrial, revitalización sindical, garantía de empleo, etc.), pueden no ser impopulares en las encuestas, pero tampoco son prioridades profundamente arraigadas entre los votantes de la clase trabajadora. Pero es precisamente por eso que los progresistas deben liderar, no seguir. Esto no significa simplemente ignorar datos útiles de encuestas que pueden ayudar a

formular su mensaje de la manera más efectiva posible, por supuesto, pero la opinión política no es fija; se moldea por el liderazgo y la narrativa. Así como Donald Trump movió a gran parte de la base republicana hacia la derecha en importantes temas sociales, los candidatos progresistas también pueden moldear la percepción pública en torno a los temas económicos al elevarlos de manera tenaz y constante durante la campaña electoral. Como lo demuestra un estudio reciente del economista Gábor Scheiring y sus colegas a través de un metaanálisis exhaustivo de los impactos políticos de la globalización, las raíces del populismo de derecha se encuentran en décadas de dislocación económica, y la forma más efectiva de debilitar su atractivo es ofrecer políticas creíbles y ambiciosas que aborden esa inseguridad material en su núcleo.

Para lograrlo, los demócratas no pueden seguir repitiendo los clichés de la era Clinton sobre recortes de impuestos para la clase media o modestos aumentos en la financiación de la educación, junto con reducciones del gasto que actualmente ofrecen los demócratas centristas. Estas políticas han fracasado rotundamente en revertir el realineamiento de la clase trabajadora hacia el Partido Republicano, ni en generar una mejora material que inspire una renovada confianza en el gobierno. En cambio, los progresistas deben impulsar una agenda integral para mejorar las vidas y comunidades de la clase trabajadora, que han sufrido durante tanto tiempo. Esto implica rechazar las políticas comerciales, fiscales y desregulatorias que vaciaron a las comunidades obreras e impulsar inversiones audaces en infraestructura, manufactura, capacitación laboral y empleo público. También requiere restaurar el poder de los trabajadores mediante leyes laborales más estrictas, sanciones por la represión sindical y dar voz a los trabajadores en la toma de decisiones corporativas.

Rechace tanto el Trump Lite como el Trump Rope-a-Dope

Al intentar recuperar al electorado de la clase trabajadora, los demócratas se enfrentan a dos estrategias tentadoras, pero en última instancia erróneas: adoptar posturas culturales conservadoras para triangular el lenguaje más efectivo y maximizar sus cifras de las encuestas a corto plazo, o mantenerse al margen y esperar que Trump se autodestruya. Ambos enfoques han fracasado antes, y ambos corren el riesgo de agravar los problemas

políticos del partido en lugar de resolverlos.

La primera trampa es el “Trump light”: la creencia de que, al cooptar la retórica o las políticas republicanas en temas de guerra cultural, los demócratas pueden ganarse el apoyo de los votantes escépticos de la clase trabajadora. Esta estrategia no solo implica abandonar importantes sectores de la coalición progresista, sino que también muestra poca evidencia de eficacia electoral a largo plazo.

“No hay razón para que los candidatos progresistas, incluso aquellos que se presentan en distritos altamente competitivos, apoyen políticas que socaven los principios progresistas fundamentales en el altar de la conveniencia política”.

Por supuesto, los candidatos deben ser reflexivos sobre la dinámica específica de sus distritos, reconociendo que las estrategias de comunicación y los énfasis políticos que son eficaces en un contexto pueden ser contraproducentes en otro. Dicho esto, diversas evidencias ponen en duda la idea de que los candidatos de centroizquierda tienden a beneficiarse electoralmente al moderar sus posturas políticas o, por el contrario, que sufren electoralmente al adoptar posturas más progresistas. En consecuencia, no hay razón para que los candidatos progresistas, incluso aquellos que se presentan en distritos altamente competitivos, apoyen políticas que socaven los principios progresistas fundamentales en nombre de la conveniencia política. Esto es exactamente lo que un grupo de demócratas del Congreso, por lo demás con sólidas credenciales populistas económicas, hizo en enero de 2025, al votar a favor de la Ley Laken Riley, un proyecto de ley que penalizaría a las jurisdicciones que no cooperen con el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas de Estados Unidos (ICE). En un aparente intento de mostrarse firmes con la inmigración, estos demócratas cedieron en un tema crucial de derechos civiles básicos, aunque no está del todo claro que tuvieran que hacerlo políticamente.

En lugar de complacer a los votantes, los candidatos progresistas deberían encontrar maneras de involucrar a los votantes culturalmente escépticos en sus propios términos, sin ceder terreno en sus creencias fundamentales. La gobernadora de Arizona, Katie Hobbs,

ofrece un ejemplo convincente. En abril de 2025, Hobbs vetó la SB 1164, un proyecto de ley respaldado por los republicanos que habría ordenado que todos los departamentos de policía y oficinas del sheriff del estado cumplieran cuando ICE les pidiera que detuvieran a un prisionero. Aunque tomar esta postura en un estado fronterizo/pendiente podría ser políticamente riesgoso, Hobbs basó su oposición en términos ampliamente identificables, enmarcando el proyecto de ley como una extralimitación federal en los asuntos locales. “Los arizonenses, no los políticos de Washington, DC, deben decidir qué es lo mejor para Arizona”, escribió. Al mismo tiempo, no desestimó la importancia de la seguridad fronteriza, una de las principales preocupaciones de muchos votantes de Arizona. En su mensaje de veto, Hobbs enfatizó los esfuerzos continuos de su administración para abordar esas preocupaciones, señalando: “He trabajado productivamente con el gobierno federal para asegurar nuestra frontera, deteniendo el fentanilo en nuestros puertos de entrada a través del Grupo de Trabajo SAFE, desmantelando las operaciones de los cárteles... y trabajando en todos los niveles de gobierno para mantener a las comunidades seguras”. Al hacerlo, Hobbs pudo defender a los inmigrantes de los ataques republicanos y, al mismo tiempo, se mantuvo receptiva a sus electores en materia de seguridad fronteriza.

“El trumpismo no es un fenómeno autolimitado que se derrumbará bajo el peso de sus propias contradicciones”.

La segunda trampa es la que James Carville defendió recientemente y describió como una estrategia de “atar a la droga”: permitir que Trump se des controle mientras los demócratas se quedan atrás, absorben los golpes y se deslizan hacia las victorias de mitad de mandato. Pero esta estrategia simplemente representa una forma de política de la Tercera Vía de la era Clinton, actualizada para la era Trump, definida no por una agenda audaz para promover los intereses de la clase trabajadora, sino por una postura de resistencia pasiva.

Esta estrategia malinterpreta fundamentalmente tanto la naturaleza de la política contemporánea de derecha como las dificultades de los progresistas con el voto de la clase trabajadora. El trumpismo no es un fenómeno autolimitado que se derrumbe bajo el peso de sus propias contradicciones. Al contrario, la derecha prospera en condiciones de

complacencia de la élite y un vacío retórico por parte de la oposición. El enfoque de Carville deja a los candidatos progresistas sin un mensaje convincente propio, lo que refuerza la percepción generalizada de que los demócratas se oponen principalmente a Trump, no a la lucha por la clase trabajadora.

### Invertir en infraestructura y compromiso a largo plazo

Otro paso necesario para reconstruir el poder político de la clase trabajadora es que los progresistas dejen de considerar las campañas como campañas publicitarias puntuales y comiencen a construir una infraestructura política y cívica duradera, especialmente en los estados republicanos, donde el escepticismo hacia los progresistas es mayor. Esto significa invertir en relaciones reales y duraderas con las comunidades, mediante la organización durante todo el año, un servicio público visible y un liderazgo local confiable. Las campañas no deben ser eventos aislados; deben servir como puntos de partida para una mayor participación y desarrollo institucional que perdure mucho más allá del día de las elecciones.

“Los progresistas deben pensar no sólo en ganar votos sino en reconstruir una presencia permanente en las zonas abandonadas del país”.

- Un modelo interesante para este enfoque proviene de la Rural Urban Bridge Initiative ( RUBI ), cuyo programa Community Works opera proyectos piloto en condados rurales de bajos ingresos en Virginia y Georgia. Estos proyectos tienen como objetivo fortalecer los vínculos sociales y satisfacer las necesidades locales inmediatas organizando colectas de alimentos, distribuyendo equipos de seguridad como detectores de humo, coordinando limpiezas de vecindarios y organizando eventos de donación de sangre. Si bien estas actividades son intencionalmente no partidistas y orientadas al servicio, están patrocinadas discretamente por funcionarios locales del Partido Demócrata. El objetivo es restablecer una presencia visible y positiva en comunidades que durante mucho tiempo han sido políticamente desatendidas. Con el tiempo, la esperanza es que los residentes que participen en estos esfuerzos, especialmente los no votantes, los independientes y los ex demócratas, encuentren nuevas razones para verse a sí mismos como parte de un proyecto político

progresista. Hasta ahora, los programas han atraído el interés de una muestra representativa diversa de personas, incluidos ex demócratas desilusionados y conservadores con mentalidad cívica alarmados por el declive de sus comunidades.

Los progresistas deben pensar no solo en ganar votos, sino también en reconstruir una presencia permanente en las zonas marginadas del país. Esto implica presentar candidatos con base local incluso en distritos desfavorecidos, abrir oficinas que no cierren entre ciclos electorales y participar en trabajo comunitario práctico que demuestre una presencia orgánica y un compromiso a largo plazo con la comunidad.

Por supuesto, construir este tipo de infraestructura es una tarea enorme. Ni el Partido Demócrata ni los sindicatos cuentan actualmente con la fuerza institucional necesaria para replicar la presencia local que los sindicatos antaño disfrutaban en las comunidades obreras. Dicho esto, parte del problema es táctico: incluso recursos modestos rara vez se destinan a desarrollar capacidad organizativa a largo plazo. Por ejemplo, los demócratas gastaron más de 4.500 millones de dólares en publicidad en el ciclo electoral de 2024. Redireccionar tan solo entre el 5 % y el 10 % de esa cantidad proporcionaría decenas de millones de dólares de capital inicial para financiar iniciativas sólidas y localizadas de divulgación en comunidades de difícil acceso y generar un impulso que pueda consolidarse con el tiempo.

### Construyendo una mayoría duradera de la clase trabajadora

Reconstruir el poder de la clase trabajadora en una era de debilidad laboral requerirá una estrategia multifacética: una que reconozca las limitaciones de los modelos de organización existentes y afronte la magnitud de la crisis política y económica. Si bien la organización laboral, las iniciativas electorales y los experimentos de democracia participativa desempeñan un papel importante, es probable que ninguno produzca un cambio transformador a gran escala sin un impulso complementario en el ámbito electoral. Como demuestran los ejemplos de la década de 1930, a menudo son las victorias electorales y las reformas estructurales, impulsadas por audaces movimientos populares, las que sientan las bases para los avances organizativos. En el contexto actual, esto significa elegir populistas económicos capaces de defender e implementar políticas que mejoren la vida material de la

clase trabajadora estadounidense y, al hacerlo, redefinan sus expectativas de gobierno y su relación con la política. No se trata de elegir entre la organización y las elecciones, sino de utilizar el poder electoral para que la organización sea más fácil, más eficaz y más central para la vida estadounidense.

Si la izquierda se toma en serio la construcción de un poder político duradero para la clase trabajadora, debe adoptar una estrategia más audaz, arraigada en el populismo económico, arraigada en las comunidades obreras y comprometida con la consecución de resultados. Esto requerirá invertir en una nueva generación de líderes obreros, participar en la organización durante todo el año en lugares olvidados e impulsar políticas que estén a la altura de los estragos del neoliberalismo.

Jared Abbott, investigador del Centro de Política de la Clase Trabajadora y colaborador de Jacobin y Catalyst: A Journal of Theory and Strategy .

Fuente: <https://jacobin.com/2025/10/working-class-strategy-dealignment-populism>

Foto tomada de: <https://jacobin.com/2025/10/working-class-strategy-dealignment-populism>